16

LAMARTINE

LAS

CONFIDENCIAS

PQ2326
A183
1964
1864

R. C.

1020026628

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Comunidad

LAS

CONFIDENCIAS

POR

ALFONSO DE LAMARTINE

Traduccion de A. F. de los R.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID.
LIBRERIA DE SAN MARTIN,
calle de la Victoria, núm. 9.
1864.

099473

30406

843
L.
PQ 2326
A18 13
1964
LA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Á

M. PRÓSPERO GUICHARD

DE BIEN-ASSIS.

(POR VIA DE PREFACIO.)

—

16 de Octubre de 1845.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . Lleguemos al objeto de tu carta. Me preguntas: De qué naturaleza son esas *Confidencias* cuya publicacion en sus columnas anuncia un periódico inmensamente esparcido por Francia y por toda Europa; y te admiras con razon al ver cómo dejo penetrar, viviendo aún, las miradas indiferentes de algunos millares de lectores de folletines, en las páginas domésticas de mi oscura vida.

«Semejante publicidad, me dices, profana los se»cretos del corazon; porque los folletines son la mo»neda falsa de los libros.» «¿Por qué cometes esa falta?» añades con esa franqueza algo ruda que es el estoicismo de la verdadera amistad. «¿Lo haces para

»alimentarte con tus propios sentimientos? Cuanto »más los entregues á los hombres, tanto ménos te »pertenecerán. ¿Por adquirir gloria? No hay gloria »en la cuna, sino en la tumba de un número reduci»dísimo de hombres. La celebridad no es más que »la gloria del momento, la gloria del porvenir. ¿Por »adquirir dinero? En ese caso, le compras muy caro. »Esplícamelo todo, ó desiste, si es tiempo aún, de un »empeño tan incomprensible para mí.»

¡Ay! amigo mio, voy á contestarte, empezando por confesar humildemente que tienes razon en todo cuanto me dices; y sólo despues que me hayas escuchado con alguna parcialidad en favor mio, confesarás tal vez tristemente que no he obrado mal. Escucha el hecho, tal como ha sido; una confidencia es tambien, y acaso no de las ménos indiscretas.

Recordarás aquellos tiempos de nuestra juventud, aquellos dias de otoño que iba yo á pasar contigo en el solitario castillo de tu madre, en el Delfinado, encima de la colina de *Bien-Assis*, elevada apénas sobre la llanura de Cremieux, como una oleada decreciente que lleva un navío hácia la costa. Aun me parece estar viendo el terrado cubierto de parras, el manantial que brotaba en el jardin debajo de dos sauces llorones que acababa de plantar tu madre, y alguno de cuyos tallos se están sin duda deshojando ahora sobre su tumba; los inmensos bosques, detrás de los cuales resonaban por la mañana los ladridos de tus perros; el salon adornado con el retrato de tu padre, revestido con uniforme de oficial-general y ostentando en su pecho el cordon encarnado del anti-

guo régimen; y por último, la torrecilla llena de libros, y cuya llave no abandonaba tu madre, temerosa de que no la abriésemos sino en su presencia, para que no tocasen nuestras manos la *cicuta* en la yerba saludable, en aquella vegetacion frondosa y engañadora del pensamiento humano, donde crece la panacea tan inmediata al veneno.

Recordarás tambien aquellos viajes que hacias á Milly durante las vacaciones, en los cuales conociste á mi madre, que te queria casi como á un hijo. La gracia de su fisonomía, sus ojos impregnados en la ternura de su alma, el dulce y simpático metal de su voz, su sonrisa angelical, en la que se entreveia siempre la bondad, sin que manchara jamás sus labios la sombra de la más ligera burla, estarán acaso presentes todavía en tu imaginacion.

¿Y qué relacion hay, me dirás, entre todo eso, entre el castillo de Bien-Assis, la casita de Milly, mi madre y la tuya, y la publicacion de las páginas de tu juventud?

—Vas á verlo.

Mi madre habia adquirido con la educacion algo romana que recibió en Saint-Cloud, la costumbre de colocar un intervalo de recogimiento entre el dia y el sueño, como procuran los sabios interponer otro entre la vida y la muerte. Cuando todos se habian acostado ya en su casa, y dormidos sus hijos en las estrechas camas puestas alrededor de la suya, no se percibia en la alcoba más ruido que el soplo regular de sus respiraciones, el rumor del viento contra los postigos, y los ladridos del perro en el corral, abria

cautelosamente la puerta de un gabinete que contenia muchos libros de educacion, de religion y de historia, se sentaba ante una mesita de palo de rosa incrustada de marfil y de nácar, y cuyas divisiones estaban marcadas con ramilletes de azahar; sacaba de un cajon varios cuadernos cubiertos de carton ceniciento, á manera de los de comercio, y escribia en sus páginas durante una ó dos horas, sin levantar cabeza y sin que se detuviera jamás la pluma esperando la palabra que iba á trazar la historia doméstica del dia, los anales del momento, el recuerdo fugitivo de las cosas y de las impresiones, tomado al vuelo y detenido en su curso ántes que viniera á borrarlo la noche; las fechas prósperas ó tristes, los acontecimientos privados, las espansiones de inquietud y de melancolía, las palpitaciones de reconocimiento y de gozo, las súplicas fervientes que parten directas del corazon á Dios, las sensaciones todas de una naturaleza que vive, que ama, que goza, que sufre, que bendice, que invoca y adora; un alma escrita, en fin!...

Estas sensaciones, estampadas así en el papel, en sus últimos dias, como otras tantas gotas de su existencia, concluyeron por acumularse y por formar á su muerte un inmenso y precioso depósito de recuerdos para sus hijos. Veinte y dos son los volúmenes que conservo; y cuando deseo volver á hallar, á admirar, á oir el alma de mi madre, abro uno de ellos, y al momento se me aparece.

Tú sabes que las costumbres son hereditarias. ¡Ay! ¿Por qué no lo serán tambien las virtudes?...

No tardé en imitar á mi madre, la cual, enseñándome aquellas páginas cuando salí del colegio, me dijo:

«Haz lo que yo: coloca un espejo ante tu vida. »Dedica una hora al estudio de tus impresiones y al »exámen silencioso de tu conciencia. Conviene mu»cho pensar durante el dia, ántes de hacer tal ó »cual acto: «Tendré que avergonzarme de ello al es»cribirlo esta noche.» Es muy grato además fijar »las alegrías que se nos huyen ó las lágrimas que se »desprenden de nuestros ojos, para volverlas á en»contrar algunos años despues sobre estas páginas, »y para decirse: «¡Esto me hizo dichoso! ¡Con esto »otro sufrí!» De esta suerte se consigue comprender »la instabilidad de los sentimientos y de las cosas: »así se saben apreciar los goces y las penas, no por »su valor del momento, que nos extravía, sino por el »de la eternidad, que es el único que no nos en»gaña.»

Escuché sus palabras y la obedecí; pero no fué al pié de la letra, porque no escribia todos los dias, como mi madre, lo que me habia ocurrido en el último. La agitacion de mi vida, el ímpetu de las pasiones, el encadenamiento de los lugares, de las personas, de los pensamientos, de las cosas; el disgusto de una conciencia perturbada con frecuencia y que no hubiera contemplado muchas veces sin humillacion y sin dolor, me impidieron seguir este registro de mis pasos en la vida con la piadosa regularidad de aquella santa mujer. Pero de vez en cuando, en los momentos de tranquilidad del alma, en las épo-

cas de soledad en que el corazon llama hácia sí los sentimientos y las imágenes, en los dias muertos de la existencia en que se vive solo con lo pasado, escribia (sin cuidado y sin pensar en que se fijarian jamás otros ojos que los mios sobre estas páginas), escribia, digo, no todas, pero sí las principales emociones de mi vida privada. Removia con los puntos de la pluma la ceniza fria ó abrasadora de mi pasado; soplaba sobre aquellos carbones apagados de mi corazon, para reanimar algunos dias más la llama y el calor en mi seno! En siete ú ocho épocas de mi vida he practicado este trabajo en forma de notas, entre las que no existe otro lazo que la identidad del alma que las ha dictado.

Sígueme todavía por un momento, y perdóname la estension de la presente carta.

Hace cinco ó seis años fuí á refugiarme un verano, para escribir con tranquilidad la historia de la revolucion francesa, á la pequeña isla de *Ischia*, en medio del golfo de Gaeta, separado del continente por ese bello mar, sin el cual no existe para mí sitio alguno agradable, porque es el infinito visible que pone ante los ojos los límites del tiempo y hace entrever la existencia sin límites. Ischia, además, como verás en estas páginas, me ha sido siempre predilecta por otras causas: fué teatro de las dos reminiscencias más tiernas de la vida: la una dulce y juvenil como la infancia; la otra grave, fuerte y tan duradera como la edad del hombre. Siempre nos inspiran cariño los lugares en que hemos amado; porque parece que nos conservan el corazon de

otro tiempo y que nos lo devuelven intacto para amar aún.

Un dia, pues, del estío de 1843, me hallaba solo, echado á la sombra de un limonero, sobre el terrado de la casa del pescador en que vivia, contemplando el mar, oyendo cómo traian y volvian á llevarse sus oleadas los mariscos de sus playas, y respirando la brisa que movia en el aire el choque de cada ola, como el abanico húmedo que agitan en nuestros Trópicos los pobres negros sobre la frente de sus dueños. Habia acabado el dia anterior de rebuscar las memorias, manuscritos y documentos que llevaba para la historia de los Girondinos, y me faltaban materiales.

Eché una ojeada sobre los que nunca faltan, sobre los recuerdos, y escribí sobre las rodillas la historia de *Graziella*, ese triste y encantador presentimiento de amor, que sentí en otro tiempo en aquel mismo golfo. Escribíalo enfrente de la isla de *Prócida*, á la vista de las ruinas de la casita, de las viñas y del jardin, sobre la costa que todavia parecia mostrarme su sombra con el dedo. Veia avanzar por el mar á toda vela una barca entre olas de espuma y bajo un sol inflamado, y que dos jóvenes de distinto sexo procuraban cubrir sus rostros con la sombra del mástil.

Abrióse la puerta del terrado, y un muchacho de Ischia, que servia de guia á los que desembarcaban en la isla, llegó inopinadamente á anunciarme la visita de un extranjero.

Ví que se acercaba un jóven de alta y elegante

estatura, lento y mesurado en su andar, como quien abriga algun pensamiento y teme descubrirlo; de fisonomía varonil y dulce, circundada por una barba negra, cuyo perfil se destacaba sobre lo azul del cielo en dos líneas de pureza griega, como los semblantes de los jóvenes discípulos de Platon que se encuentran en las medallas del Pireo ó en piedras talladas de un blanco ceniciento; en el andar, el perfil y el metal de la voz, reconocí á Eugenio Pelletan, uno de los amigos de mi juventud. Ya conoces este nombre, como el de uno de los escritores sobre cuyas primeras páginas se refleja como en pocos el naciente brillo de nuestra futura gloria; presentimientos vivos de ideas que van á brillar, nuncios de un siglo en el que sólo estaremos presentes por nuestros deseos. Quiero á Pelletan con esa inclinacion que sentimos hácia lo venidero: lo recibo siempre como una nueva agradable, como á un amigo. Es uno de esos hombres que no importunan jamás y que, por el contrario, ayudan á pensar y á sentir.

Acababa de dejar á su jóven y agraciada esposa en una casa de la playa. Despues de hablar breves instantes de Francia y de aquella isla, á la que supo casualmente en Nápoles que me habia yo retirado, observó que tenia algunas páginas escritas sobre mis rodillas y un lápiz usado entre mis dedos, y me preguntó qué era lo que hacia. «¿Quereis oirlo, le dije, »ínterin que vuestra esposa duerme descansando de »la travesia, y descansais vos apoyado como estais »en el tronco de ese naranjo? Voy á leéroslo.» Y púseme á leerle, en tanto que el sol se ocultaba de-

trás del *Epomeo*, elevada montaña de la isla, algunas páginas de la historia de *Graziella*. El sitio, la hora, las sombras, la mar, el cielo, el perfume de los arbustos se esparcieron sobre aquellas páginas sin color y sin aroma, y las prestaron la ilusion, reservada sólo á lo distante y á lo inesperado. Me pareció que se conmovia. Cerramos el libro, y descendidos á la playa, por la noche recorrimos la isla con su mujer. Les dí hospitalidad hasta la mañana siguiente, y se separaron de mí.

Tambien yo abandoné á Ischia á los primeros nubarrones del otoño, para dirigirme á Saint-Point.

Mis asuntos urgentes me reclamaban, *res augusta domi*, como decia Horacio: *penuria doméstica, escasez metálica,, contrariedades de la vida*, como dicen los modernos, segun su posicion.—«¿Y cómo esperi»mentabas semejantes apuros? me objetarás sin duda. »¿No podias haberte librado de ellos sirviendo hon»rosamente á tu país, en el que nunca se te han cer»rado las puertas de los negocios públicos, con tal »largueza retribuidos?»—Es cierto; pero desde 1830 he preferido servir á mis espensas en el ejército de Dios, como soldado sin sueldo de ideas que no tienen presupuesto sobre la tierra. Mas sea como quiera, ello es que me exigian inesperadamente el reembolso de una cantidad considerable que me habian anticipado para comprar á mi familia las tierras y las casas de mi madre, aquel Milly que tanto conoces, y que fué testigo de gran parte de los sueños y de los errores de que participamos cuando tú contabas diez y seis y yo quince años. Al morir mi madre, estos bienes,

del alma, más bien que de la tierra, iban á ser vendidos y distribuidos en cinco partes, de las cuales sólo una me correspondia. Todo iba á parar á manos estrañas. Mis hermanas y mis cuñados, tan afectados como yo, me brindaban generosamente con cuantos medios poseian, para salvar el depósito comun de sus recuerdos. En aquella época disponia yo de mayor capital; hice un esfuerzo estraordinario, y compré á Milly, en el que pensaba terminar mis dias. El peso de aquellas tierras, adquiridas en su totalidad con dinero prestado, me agobió durante mucho tiempo; no obstante, lo acepté gustoso por no vender un sentimiento con cada surco, y nunca me he arrepentido de ello, ni me arrepiento todavía; pero era llegado el momento en que necesitaba vender ó sucumbir. En vano buscaba dilaciones. Si el tiempo tiene alas, los intereses de un capital marchan con la rapidez y el peso del wagon.

Estaba anonadado... Volvia á hallarme de frente con mis angustias pasadas; me decidia por un partido, y un momento despues desistia ya de la resolucion que acababa de tomar. Miraba con desesperacion desde léjos aquel campanario ceniciento que se alzaba sobre la pendiente de la colina, el techo de la casa, la copa de los tilos, que sabes que se distingue desde el camino por encima de los tejados de la poblacion, y decia entre mí: «Ya no podré volver »á pasar por este camino, ni mirar otra vez desde »aquí. ¡Ese campanario, esa colina, ese techo, esos »muros, estarán clamándome constantemente que »los he abandonado por algunos miles de escudos!

»¡Y aquellos buenos habitantes! Los pobres y hon»rados viñadores, que son mis hermanos de leche, y »con los que he pasado mi infancia, comiendo de su »pan en su misma mesa, ¿qué dirán de mí? ¿Qué va »á ser de ellos cuando sepan que he vendido sus »prados, sus viñas, sus chozas, sus vacas y sus ca»bras, y que un nuevo dueño que no los conoce ni »los ama va á destruir, mañana mismo quizá, todo »su bienestar, arraigado de la propia suerte que el »mio en este suelo ingrato, pero natal?»

Pero los instantes apremiaban. Hice llamar á uno de esos hombres considerados en el país, que compran en junto para vender despues al menudeo, uno de esos monederos inteligentes de la tierra, y le dije: «Vendedme de Milly lo equivalente á cien mil »francos;» ó más bien, como dijo al judío el mercader de Venecia en Shakspeare: «¡vended un pedazo «de mi cuerpo!»

Aquel hombre, á quien conoces, porque es de tu pais, M. M.***, era sensible, y vi que asomaban las lágrimas á sus ojos. Hubiera dado de sus ganancias por ahorrarme aquel sufrimiento; pero no habia tiempo para dudar. Recorrimos juntos las posesiones con un pretesto frívolo, para examinar cuál de sus partes se prestaba mejor á dividirse y subdividirse en proporciones asequibles á los compradores de las cercanías; pero esto mismo fué causa de que aumentara nuestro apuro y de que nuestra angustia fuese más desgarradora. —«Señor, me dijo estendiendo el »brazo y dividiendo el espacio de la propia suerte »que un agrimensor corta el terreno; hé aquí una

»porcion que se venderia junta con mucha facilidad, »y que no descabalará gran cosa lo que os quede.» —«Cierto, le respondí; pero esta es la viña que plan»tó mi padre el año en que yo nací, y la que nos »recomendó repetidas veces que conservásemos »siempre en memoria suya, por ser la parte mejor »de sus bienes y por haberla regado con el sudor de »su frente.»—«Bien, me contestó el perito; aquí hay »otra que no tardarian en comprarla hombres de »mediana fortuna, porque es á propósito para el ga»nado.»—«Sí, repliqué; pero esta no puede ser; »estos son el rio, el prado y el jardin en que nos »hacia jugar y bañarnos mi madre cuando niños, »y en donde crió para nosotros con tanto esmero »estos manzanos, estos albaricoqueros y estos ce»rezos. Busquemos por otro lado.»—«Este sitio »detrás de la casa.»—«¡Ese es el que lindaba con el »jardin, y el que se descubria desde la ventana del »salon de familia! ¿Quién podria mirarlo en adelante »sin lágrimas en los ojos?»—«¿Y ese grupo de ca»sas separado con sus viñas en declive que des»cienden hasta el valle?»—«¡Oh! ahí está la que »habita el marido de la nodriza de mis herma»nas, y la de la pobre anciana que me crió con »tanto esmero y cariño. Sería lo mismo que abrirles »dos fosas en el cementerio; porque el pesar de »verse espulsados de sus viviendas y de sus viñas, »no tardaria en conducirlos á él.»—«Bien; pues »en ese caso, la casa principal con sus dependen»cias, sus jardines y el espacio que rodea el cerca»do»—«¿Y no veis que yo quiero morir en el lecho

»de mi padre? ¡Eso es imposible! Eso equivaldria á »suicidar todos los sentimientos de la familia.»— «¿Qué teneis que decir del fondo de ese valle, que »no se descubre desde vuestras ventanas?»—«Nada; »pero contiene el antiguo cementerio donde fueron »sepultados á mi vista, siendo yo aún niño, mi her»mano menor y una hermana á quienes he llorado »tanto. ¡Marchemos en otra direccion!....»

Lo recorrimos todo; no hallamos un trozo de que pudiera desprenderme sin hacerlo al propio tiempo de un pedazo de mi alma. Por la noche volvíme sumamente triste á la casa, y no dormí.

A la mañana siguiente el cartero rural me entregó un paquete de cartas: una de ellas era de París. El sobre estaba escrito en letra clara, cursiva, breve, de esas que indican la rapidez, la precision y lo firme de la resolucion del ánimo, en la volubilidad de la mano: era de M. de G..... «M. Pelletan, decia en »ella, me ha hablado con interés de algunas páginas »de recuerdos de infancia que os oyó leer en *Ischia*. »¿Quereis destinarlas á *La Presse*? En cambio po»deis disponer de la cantidad que os sirvais desig»nar.» Respondíle sin vacilar, espresándole mi gratitud y mi negativa. «El precio con que vuestro pe»riódico me brinda, le decia á M. de G..... es muy »superior al de algunas páginas sin valor; pero yo »no puedo decidirme á publicar unas reliquias añe»jas de mi memoria, y sin interés alguno para otros »ojos que los mios.»

La carta partió á su destino, y seis dias despues llegó el notario á redactar el proyecto de venta de

Milly: habia desmembrado al fin el especulador una corta porcion de terreno por valor de cincuenta mil francos, y vendible en el momento. La escritura estaba sobre la mesa. Con una sola palabra iba á enajenar para siempre aquella parte de mis ojos; temblóme la mano, turbóseme la vista, y me faltó el corazon.

En aquel mismo instante se abrió la puerta... era el cartero, que puso sobre la mesa una carta de París. M. de G... insistia, comprometiéndome con el acento y la persuasiva de la amistad, y concediéndome tres años para que me fuese acostumbrando á la idea. La distancia allana las dificultades; las disminuye velándolas. No se me ocultaron las amarguras que lloverian sobre mí por el compromiso que iba á contraer. Puse en contrapeso la tristeza de ver expuestas las fibras agitadas de mi corazon ante una multitud de ojos que las mirarian sin indulgencia alguna, con el desgarramiento que sufriria mi corazon al sentir que con mi propia mano le arrancaba un pedazo firmando aquella escritura: consideré que era preciso hacer un sacrificio de amor propio ó un sacrificio de sentimiento, y poniéndome las manos ante los ojos, deliberé con el corazon. El proyecto de venta de Milly cayó de mis manos hecho pedazos, y respondí á M. de G***: «Acepto.» Milly se salvó, y yo quedé comprometido. Piensa en *Bien-Assis*, y condéname, si es que te atreves. En mi lugar, ¿hubieras obrado de otro modo?

Tranquilízate, no obstante; sólo sobre mí recae la

publicidad que adquieran estas páginas: no existe en ellas ni un solo nombre, ni una memoria que pueda causar el menor disgusto, ni dar la más leve sombra de mi indiscrecion. Es muy corto el número de personas perversas que he encontrado en el curso de mi vida, que ha corrido siempre en una atmósfera de bondad, de geñio, de generosidad, de amor y de virtud; sólo he conservado la memoria de los buenos, perdiendo sin grande esfuerzo la de los otros. Mi alma es como esas cribas en que los lavadores de oro de Méjico recogen las hojuelas de oro puro en los torrentes de las cordilleras: el oro se queda en ellas, y la arena se va. ¿A qué recargar la memoria con lo que no sirve para nutrir, encantar ó consolar el alma?....

En la actualidad, cuando se abruma demasiado mi pensamiento con el disgusto de una publicidad de este género; cuando entreveo la compasion de unos, la sonrisa de otros, la indiferencia de todos, al hojear estas páginas, que debian permanecer en las tinieblas como hurtos hechos al pudor de la vida ó á la intimidad del hogar doméstico, mando ensillar mi caballo, subo á paso corto por el pedregoso sendero de Milly, miro á derecha y á izquierda los prados y las viñas, y veo á los labriegos que me saludan desde léjos con una inclinacion afectuosa de cabeza, con amistoso ademan y una sonrisa que recuerda lo antiguo de nuestro conocimiento; voy á sentarme durante los dias de otoño en lo más retirado del jardin, desde donde se distinguen mejor el techo paterno, las viñas y el vergel;

contemplo con ojos humedecidos la casita cuadrada cuyos ángulos oculta y enverdece una inmensa yedra plantada por mi madre, cual si fuese una série de arcos naturales salidos de la tierra para impedir que sus antiguos muros se derruyan á mi vista; escucho el ruido del azadon de los viñadores que remueven los terrones en la colina que les he conservado; veo alzarse sobre sus techos de bálago el humo del fuego de sarmientos que encienden las mujeres en sus antiguos hogares, y que convoca á los que están en el campo; miro la sombra de los tilos, aumentada por la cercana noche, estenderse lentamente hasta mí, como otros tantos fantasmas que vienen á acariarme los piés para bendecirme... Y exclamo para mí: «¡El mundo me censura, mis ami»gos no me comprenden, es muy justo! No tengo »derecho para quejarme... Pero este jardin, esa »casa inhabitada, esa viña, esos árboles, esos an»cianos, esas mujeres, esos niños no podrán ménos »de agradecerme el que haya soportado un ligero »sonrojo por conservarlos intactos ó felices alrede»dor de mí hasta el dia siguiente de mi última no»che!... Aceptemos por ellos este sacrificio: se lo »referiré alguna vez á mi padre y á mi madre, al »lado de mis hermanos, cuando los vuelva á hallar »en la morada del padre de la familia eterna, y ellos »no me acusarán!... Quizá obtenga sus lágrimas y »sus bendiciones por lo que he hecho.»

Imítalos tú, amigo mio; sé indulgente, y ya que no tu aprobacion, merezca al ménos que me escuses, pensando en los muros y en los árboles entre los

cuales pasan tus años, respirando la atmósfera de tu primera infancia, y completamente circundado de la memoria de tus padres.

Saint-Point 25 de Diciembre de 1847.

A. de Lamartine.